

# ESPÍRITU TÉCNICO

Luis Cencillo, S. I.

Los Mensajes de Navidad son caso único en la literatura pontificia. En ellos se realiza un enfrentarse cálido y sereno de la suprema autoridad en la tierra, luminosa de ecos trascendentes y madura de Historia, con la cuestión del día, palpitante, todavía lodosa...

El de 1953 llega a la plenitud del logro.

Estilizado, diáfano pero extraordinariamente realista y vivo se adentra en la raíz purulenta de un inmenso sector de males públicos.

Mas, olímpicamente equilibrada, su línea se mantiene en el plano fecundo, fulgurante, intelectual de un enfoque especulativo desde principios hondos.

Se trata de la *Weltanschauung* inminente en el mundo contemporáneo.

En germen el contenido último de muchos grandes ensayos. Al acabar su consideración hay una cenestesia mental de haber contemplado hechos muy candentes, desde muy alto y a la vez desde muy adentro.

La estructura del Mensaje es una pirámide perfecta de afirmaciones básicas.

El vértice se expone en la conclusión (1) con el perfil vigoroso de los mejores tiempos

de Agustín: como en el principio fué el Verbo y después las cosas y sus leyes, así en la vida ética de la humanidad ha de ser en el principio el mismo Verbo: su verdad, su caridad, su gracia. Y sólo después la ciencia y la técnica, la potencia material y su abundancia.

Aquí se recapitulan los dos órdenes de realidades que abarca el documento: el del progreso técnico y el de las bases morales de la Paz.

No dos temas extrínsecamente unidos.

Sino dos facetas de la *Weltanschauung* hoy progrediente, en su común raíz.

Estas concepciones de la vida que históricamente se van sucediendo y que contienen el provenir de toda una generación, de las cuales se nutren en sus criterios y en sus reacciones los hombres de la masa y aun los de la selección, no pueden, si han de ser horizonte y no opresión, emanar exclusivamente de las leyes de la materia, sin primacía del espíritu.

Primero el Verbo, el Logos. Con toda su densa realidad de iluminación, amor y esfuerzo superador que se integra en la expresión ioanea.

(1) AAS XLVI, (1954) 6.-16.



De este modo, la mente, penetrada del Logos, puede adentrarse en el progreso técnico dominándolo no subyugada por él.

Desde el vértice del primado del Verbo divino, Jesucristo, descienden en doble vertiente dos series de principios.

Vertiente física e individual.

Vertiente ética y social.

\* \* \*

En la primera se deduce ante todo una inmediata consecuencia de la realidad apuntada de un Logos trascendente, divino:

Una duplicidad de planos: uno natural, otro sobrenatural. El hombre natural es opaco a las fulguraciones salvadoras de lo sobrenatural. Su mente tiende a encerrar sus panoramas en fronteras de inmanencia. Y es preciso, para conservar una visión completa, adecuada y salvadora, de las cosas, mantener vivo el sentido del Misterio.

La Fe es un abrirse humilde e intelectual y trascendente al Misterio, por el que el hombre supera sus propias posibilidades naturales de conocimiento.

El «espíritu técnico» - así denomina el Pontífice a la concepción de la vida de que trata--va por el contrario eliminando horizontes en las mentalidades que intoxica. Sus únicas dos dimensiones de *cuantificación* y *cálculo utilitario* suplantán las demás dimensiones humanas, que se atrofian.

Y el espíritu y la misma mente se asfixian. Es la zozobra amarga y fría. Desesperanzada más que desesperada de tantas multitudes rutinarias.

De aquí el segundo principio de esta serie:

La cuantificación, que aun en el orden puramente físico no conecta con la realidad medular de las cosas, en el orden humano, moral, social, vital, es un punto de vista *radicalmente* inadecuado.

Es decir, no sólo hay un primado de lo espiritual sino que existe también un primado de lo *cualitativo*, que es necesario mantener a toda costa para no venir a padecer las consecuencias de toda dislocación vital: «chassez le naturel, il revient au galop».

Y una vez perdido el sentido de la pro-

fundidad ontológica de los seres y el sentido de lo cualitativo ya se carece del sentido crítico suficiente para sobreponerse a la banalidad contemporánea.

Mas estas consecuencias ¿han de imputarse al progreso técnico en cuanto tal?

He aquí el tercer principio:

El progreso técnico viene de Dios.

Puede y debe llevar a Dios.

De hecho el espíritu creyente cuanto más se amplían sus horizontes cósmicos, con mayor luminosidad descubre la huella sobreco-gedora de Dios y, más vehementemente se siente impulsado a adorarle, a agradecerle cariñosamente tanto beneficio.

Todo lo que incrementa la riqueza cognoscitiva del hombre, le lleva a Dios, como esté ordenado.

Esa apertura del hombre al cosmos podría sintetizarse como una sedienta captación progresiva de cuanto hay de ontológicamente positivo, para alcanzar la esfera de lo absoluto. Este es Dios. Aquello es la ciencia, servida del progreso técnico.

La ciencia pues, si es verdadera ciencia, no mero cálculo previsorio (*savoir pour prévoir*), sino penetración por medio del cálculo en el terreno palpitante y esencial de lo sustancialmente cualitativo, dice una relación trascendental a la ciencia del ser y a la ciencia escarpada de las últimas radicaciones en Dios de cuanto le refleja dinámicamente.

Mas esta actitud exige una pluridimensionalidad psíquica en el hombre que le mantenga abierto a los diversos planos ontológicos: material, espiritual, ideal, ético, teológico.

El progreso técnico, *de.iure*, en modo alguno atenta contra esta plenitud vital del hombre, del verdadero hijo de Dios. La facilita, al liberarle de una excesiva supeditación a las limitaciones que impone la materia al desenvolvimiento del espíritu.

¿Cómo ha sucedido entonces la reclusión moral de nuestro tiempo entre materia y cálculo?

Se ha venido cometiendo un gran pecado colectivo y un poco pueril. Terriblemente pueril:

El sentimiento de autosuficiencia.

Sociedades enteras han adoptado la acti-

tud de un «isidro» del progreso, de un «parvenu» de la técnica.

Se han desorbitado los valores: el supremo valor, obtener el mayor rendimiento de las fuerzas de la naturaleza, para alcanzar la cumbre de la perfección y de la felicidad, que es la abundancia máxima posible de bienes materiales.

La prisión era vasta. Pero era al fin prisión.

Se había llegado al oscurantismo por el otro extremo. La humanidad quedaba oprimida en la libre expansión del intelecto.

Y esto ha sido posible por una convergencia histórica de este progreso, con el voltarianismo en el occidente de Europa, la Reforma en el norte y una aglomeración monstruosa de aluviones raciales en el norte de América (1).

En tales condiciones ya se advierte la imposibilidad moral de que extensas zonas de la humanidad se inmunizasen con una educación profunda de la mente y de que en todos sus resortes psíquicos recibiesen el lubricante sobrenatural debido, que los mantuviese en juego.

\* \* \*

La otra vertiente de la pirámide mira a la Paz.

A ella han atendido principalmente «Cuadernos Hispanoamericanos» (Marzo 1954), la «Revista de Estudios Americanos» (VII, 29 (1954) 73 ss.) y «Le Monde» (26 Dec. 1953: «El tiempo de la reflexión»).

No haremos sino indicar los tres principios que rigen en ella.

La proyección del espíritu técnico en el concepto de trabajo, legislación y administración, introduce una nueva forma de materialismo.

Se trata de fundar la Paz exclusivamente en la prosperidad material por el constante incremento de la producción y del tenor de vida.

Ello no pasa de ser un pseudoideal muy semejante al del «libre cambio» ya tan empolvado...

(1) El Sumo Pontífice habla de «circunstancias históricas» sin detallarlas.

Mas si se quiere salvar la Paz no hay otro camino, después de tantas lecciones amargas de la Historia contemporánea, que la aplicación de la doctrina cristiana de lo social, cualificadora precisamente del trabajador y del trabajo y subordinante de la propiedad privada al bien común: al bien social.

Hay que mantener a toda costa—es el segundo principio—el respeto a la autoridad del Estado y a las leyes justas, porque la autoridad no es camino abierto a la tiranía, sino elemento esencial de la democracia misma.

Pues el ideal democrático—tercer principio—no puede ser sino la libertad no degenerada en libertinaje, consciente de su responsabilidad respecto del bien común y coordinada con la libertad, el derecho y la dignidad ajena.

Mas todo esto—no se hace ilusiones el Santo Padre—no puede lograrse sino en un clima de respeto hacia Dios: es imposible violentar la naturaleza de las realidades morales...

¿Existe una tal atmósfera?

La respuesta, pesimista, encierra la clave de muchas incógnitas del futuro...

Sin embargo el futuro no está clauso.

Será hijo de nuestra iniciativa presente. Así el Papa.

\* \* \*

Un momento de reflexión:

En circunstancias tan desesperadas para el mundo aparece como un deber urgente y grave de todo científico católico, por parco que sea en sus prácticas religiosas, contribuir con su esfuerzo a redimir este espíritu actual naufragado en técnica opaca y sin orientación trascendente.

Como ha acertado a sintetizar con fortuna el profesor Laín en su estudio publicado en Arbor (Marzo 1951) «Hacia una teoría del intelectual católico», el intelectual católico es un cooperador en la obra de la Redención—un *cooperator veritatis* en el hondo sentido que S. Juan quiso dar a esta expresión (3 Jn, 8)—, debe realizar la recapitulación de todas las cosas en Cristo y en Dios.

Éllo sucederá si iluminado por la vida de gracia personal la deja trasfundir a su obra con ese influjo misterioso pacificador, ordenador, lubricante que ejerce la presencia de la gracia en toda actuación humana.

Supone la instauración de las ciencias y de las técnicas en su lugar ontológico de la

escala de valores trascendentes subordinados ultimamente a Dios.

Su enfoque de horizontes infinitos y abisales por la Fe.

Y mucha sinceridad humana en deducir y vivir las consecuencias obvias de las propias creencias, de la elevación de todo el hombre a participar vida de Dios...



*Está prohibido «echar las cosas santas a los perros...» [Mat 7<sup>6</sup>]; No conviene, pues, que, los envidiosos, los turbulentos, los que no son fieles en sus costumbres, los que están dispuestos a ladrar sin pudor contra la búsqueda de la verdad, beban de la fuente divina y pura del agua viva. «No se desborde el agua de tu fuente, sino hazla correr hasta tus plazas...» [Prov 5<sup>16</sup>]; «Mi justo vivirá de la fe» [Hab 2<sup>4</sup>] ha dicho el profeta, y otro profeta ha dicho también: «Si no creéis, tampoco comprenderéis» [Is 7<sup>9</sup>]; ¿Cómo va a poder, pues, un alma llegar a la contemplación admirable de estas cosas, si dentro de ella la incredulidad resiste a lo que debe aprender? La fe, que los Griegos calumnian tachándola de vana y bárbara, es una anticipación voluntaria, un asentimiento religioso, «la garantía de los bienes que se esperan, la prueba de las realidades invisibles» [Hebr 11<sup>1-2</sup>]; según frase del divino Apóstol: «Por ella, principalmente, obtuvieron los antiguos un testimonio favorable. Sin la fe es imposible agradar a Dios» [Ibid<sup>6</sup>].*

Clemente de Alejandría [2 Stromata, II 7, 4; 8, 1-4].